

respecto de nosotros los podestás de tierra firme, en una situación muy singular. El consejo les prohíbe, bajo pena de la vida, escribarnos, hablarnos, ó tener con nosotros relación alguna hasta el día que reciban orden de prendernos. Uno de esos espías, pues, ha sido encontrado esta mañana mortalmente herido en la orilla del río, cerca al puente de Altina. Allí viven los esbirros nocturnos que lo han socorrido. ¿Se trata de un duelo? ¿De una emboscada? No se sabe. El espía no ha podido pronunciar más que pocas palabras. Estaba moribundo. ¡Lo peor es que ha muerto! En el momento en que caía herido, se conoce que tuvo serenidad bastante para conservar encima de él una carta que acababa sin duda de interceptar y que ha dado á los dos esbirros nocturnos para que me la entregaran. Y, efectivamente, los dos hombres me han traído la carta, que ha sido escrita á mi mujer por un amante.

LA TISBE

¿Y se llama?...

ANGELO

La carta no tiene firma. ¿Me preguntáis el nombre del amante? Esto es precisamente lo que me preocupa. El hombre asesinado se conoce que ha dicho el nombre á los dos espías nocturnos. Pero los imbéciles lo han olvidado. Y aunque tratan de recordarlo, no logran ponerse de acuerdo. El uno dice Roderigo, el otro Pandolfo.

LA TISBE

¿Tenéis ahí la carta?

ANGELO, buscando en la escarcela

Si, la tengo conmigo. Para mostrárosla os he he-

cho venir precisamente. Si por casualidad conocieseis el carácter, me lo diríais.

(Saca la carta.)

Mirad.

LA TISBE

Dadme.

ANGELO, estrujando la carta entre sus manos

¡Estoy con una ansiedad terrible, Tisbe! Hay un hombre que ha osado, ¡nada menos!, que ha osado levantar los ojos hacia la esposa de un Malipieri. ¡Hay un hombre que ha osado manchar el libro de oro de Venecia, la más hermosa página, en la que está escrito mi nombre! ¡El nombre de Malipieri! ¡Hay un hombre que ha pasado la noche en este cuarto, que ha hollado tal vez el suelo donde estoy! ¡Hay un hombre miserable que ha escrito esta carta, y no he de poder enterrar mi venganza junto con mi afrenta! ¡Y no he de hacer derramar un lago de sangre á ese hombre sobre ese mismo suelo! ¡Oh! ¡Por saber quién ha escrito esta carta, daría la espada de mi padre y diez años de mi vida, y mi mano derecha, señora!

LA TISBE

Pero, por fin, mostradme esa carta.

ANGELO, dejándosela tomar

Leed.

LA TISBE, abre la carta y lanza sobre ella una ojeada. Aparte

¡Es de Rodolfo!

ANGELO

¿Conocéis esa letra?

LA TISBE

Dejadme leer.

(Lee.)

«Caterina, mi pobre amada, ya ves que Dios nos protege. Milagro ha sido que nos salváramos esta noche de tu marido y de esa mujer...»

(Aparte.)

Esa mujer!

(Prosigue la lectura.)

«Te amo, Caterina. Tú eres la única mujer á quien he amado. No pases cuidado por mí, estoy en lugar seguro.»

ANGELO

¿Y qué, conocéis la letra?

LA TISBE, devolviéndole la carta

! No, monseñor.

ANGELO

No, ¿verdad? ¿Y qué decís de la carta? El hombre que la ha escrito ha de hacer mucho tiempo que vive en Padua, pues por el lenguaje parece un amor antiguo. ¡Oh! ¡He de registrar toda la ciudad! ¡Necesito encontrar á ese hombre! ¿Qué me aconsejáis, Tisbe?

LA TISBE

Buscad.

ANGELO

He dado orden de que nadie entre hoy libremente en el palacio, fuera de vos y vuestro hermano, que acaso pudiera conveniros. Y que se detenga á quienquiera que sea y lo conduzcan á mi presencia. Quiero interrogarlos por mí mismo. Mientras espero, tengo

ANGELO

113

la mitad de la venganza en la mano, y voy á tomármela.

LA TISBE

¿Cómo?

ANGELO

Matando á mi mujer.

LA TISBE

¡Vuestra mujer!

ANGELO

Todo está dispuesto. Antes de una hora, Caterina Bragadini será decapitada según conviene.

LA TISBE

¡Decapitada!

ANGELO

En este aposento.

LA TISBE

¡En este aposento!

ANGELO

Escuchad: mi lecho manchado se trueca en tumba. Esa mujer debe morir, estoy decidido. Y lo he decidido muy friamente, para que nada en el mundo pudiera disuadirme de mi propósito. Las súplicas no hallarían ni un resto de cólera que apagar en mí. Si mi mejor amigo, y yo tuviese alguno, intercediese por ella, desconfiaría de mi mejor amigo. Eso es todo. Hablemos de ella si queréis. Por otra parte, Tisbe, yo la odio á esa mujer. Una mujer con la que me dejé casar por razones de familia, porque mis ne-

gocios se habían ido maleando en las embajadas, y para complacer á mi tío el obispo de Castello. ¡Una mujer que se ha presentado siempre ante mí con el semblante contristado y el ademán oprimido! ¡Que no me ha dado nunca hijos! Y después, habéis de saber que el odio está en nuestra sangre, en nuestra familia, en nuestras tradiciones. Parece indispensable que un Malipieri odie á alguno. El día en que el león de San Marcos vuele de su columna, el odio abrirá sus alas de bronce y volará del corazón de los Malipieri. Mi abuelo odiaba al marqués de Azzo, y una noche lo hizo anegar en los pozos de Venecia. Mi padre odiaba al procurador Badoero y lo hizo envenenar por medio de un regalo de la reina Cornaro. Yo odio á esa mujer. No le hubiera hecho mal alguno, pero es culpable. Peor para ella. Será castigada. Es muy posible que yo no valga más que ella, pero precisa que muera. Es una necesidad, una resolución inquebrantable. Os digo que esa mujer morirá. ¡Gracia por esa mujer! ¡Si los huesos de mi madre intercedieran por ella, no la alcanzarían!

LA TISBE

¿Y la serenísima señoría de Venecia os permite?...

ANGELO

Nada para perdonar. Todo para castigar.

LA TISBE

Pero ¿y la familia Bragadini, la familia de vuestra esposa?

ANGELO

Me dará las gracias.

LA TISBE

Decís que vuestra resolución es inquebrantable. Morirá. Está bien. Os lo apruebo. Pero, puesto que todo se mantiene secreto aún, puesto que no se ha pronunciado ningún nombre, ¿no podríais evitarle á ella un suplicio, á este palacio una mancha de sangre, y á vos la murmuración pública y el escándalo? El verdugo es un testigo. Y un testigo es demasiado.

ANGELO

Sí. Sería preferible el veneno. Pero se necesitaría un veneno rápido, y tal vez no me creáis, pero no tengo ninguno aquí.

LA TISBE

Pero tengo yo.

ANGELO

¿Dónde?

LA TISBE

En mi casa.

ANGELO

¿Qué veneno?

LA TISBE

El veneno Malaspina. ¿No recordáis? Aquella cajita que me envió el primicerio de San Marcos.

ANGELO

Sí, recuerdo que me lo dijisteis. Es un veneno seguro y pronto. Pues bien, tenéis razón. Mejor será que todo pase entre nosotros. Escuchad, Tisbe. Tengo puesta toda mi confianza en vos. Ya comprendéis que

lo que me veo precisado á hacer es legítimo. Vengo mi hogar, y cualquier hombre en mi lugar obraría del mismo modo. Pues bien. Nada más sombrío y difícil que el paso que voy á dar. Aquí dentro no tengo más amigo que vos. Sólo en vos puedo fiar. La rápida ejecución, el secreto, interesan tanto á esa mujer como á mí. Asistidme. Necesito de vos. Yo os lo ruego. ¿Estáis dispuesta?

LA TISBE

Sí.

ANGELO

Desaparezca esa mujer sin que se sepa cómo, sin que se sepa por qué. Se cava una fosa, se celebra un servicio fúnebre, pero nadie sabe por qué. Yo haré que se lleven el cuerpo esos dos mismos hombres, esos esbirros nocturnos, á quienes guardo bajo llave. Tenéis razón. Cubramos todo esto de sombras. Enviad á buscar el veneno.

LA TISBE

Únicamente yo sé donde está. Voy á buscarlo yo misma.

ANGELO

Id, os espero.

(Sale LA TISBE.)

Sí, es mejor. El crimen ha ocurrido entre tinieblas, háyalas también para el castigo.

(Abrese la puerta del oratorio. El arcipreste sale, con los ojos bajos y los brazos cruzados sobre el pecho. Atraviesa lentamente la estancia. Cuando está para salir por la otra puerta del fondo, ANGELO se vuelve hacia él.)

¿Está dispuesta?

EL ARCIPRESTE

Sí, monseñor.

(Sale. CATERINA aparece en el umbral del oratorio.)

ESCENA CUARTA

ANGELO y CATERINA

CATERINA

¿Dispuesta á qué?

ANGELO

A morir.

CATERINA

¡Morir! ¿Entonces es verdad? ¿Será posible? ¡Oh!
¡No puedo acostumbrarme á esa idea! ¡Morir! No, no
estoy dispuesta. ¡No estoy dispuesta, señor!

ANGELO

¿Cuánto tiempo necesitáis para prepararos?

CATERINA

¡Qué sé yo! ¡Mucho tiempo!

ANGELO

¿Os van á faltar ánimos, señora?

CATERINA

¡Morir! ¡Tan pronto! ¡Yo nada he hecho para me-
recer la muerte! ¡Señor, señor, dadme apenas un día!

ANGELO

119

¿Qué digo un día? Tampoco tendría valor mañana.
¡Quiero la vida! ¡Dejadme la vida! ¡Un claustro! De-
cid, ¿será verdaderamente imposible que me conce-
dáis la vida?

ANGELO

Sí. Puedo concedéroslo, ya os lo he dicho; mas
con una condición.

CATERINA

¿Cuál? No la recuerdo.

ANGELO

¿Quién ha escrito esta carta? Decídmelo. ¡Nombrad
á ese hombre! ¡Entregadme á ese hombre!

CATERINA, retorciéndose las manos

¡Dios mío!

ANGELO

¡Qué! ¿No me respondéis?

CATERINA

Sí. Os respondo: ¡Dios mío!

ANGELO

¡Ah! ¡Decidíos, señora!

CATERINA

Tengo frío en ese oratorio. Mucho frío.

ANGELO

Escuchad. Quiero ser bueno con vos, señora. Os
queda una hora de tiempo. Una hora que os pertene-
cerá por completo, pues voy á dejáros sola. Nadie
entrará aquí. Emplead esa hora en meditar. Pongo la

carta sobre la mesa. Escribid abajo el nombre y seréis salva. Caterina Bragadini, os está hablando una boca de mármol; me debéis entregar ese hombre ó morir. Escoged. Os queda una hora.

CATERINA

¡Oh!... Un día.

ANGELO

Una hora.

(Sale.)

ESCENA QUINTA

CATERINA, sola

Esa puerta...

(Va á la puerta.)

¡Oh, ya corre el cerrojo!

(Va á la ventana.)

Esta ventana...

(Mira.)

¡Oh, qué alta está!

(Cae en un sillón.)

¡Morir! ¡Dios mío! ¡Terrible idea que os sorprende de pronto, cuando menos la esperáis! No tener más que una hora de vida y decirse: ¡No me queda más que una hora! ¡Oh! ¡Hay que experimentar esto por sí mismo para saber hasta qué punto es terrible! Estoy quebrantada. No puedo estar en este sillón.

(Se levanta.)

Estaré mejor en la cama. ¡Si pudiese descansar un instante!

(Va hacia la cama.)

¡Un instante de reposo!

(Descorre la cortina y retrocede aterrada. En lugar de la cama hay un cepo cubierto con un paño negro y un hacha.)

¡Cielos! ¿Qué veo? ¡Oh, esto es espantoso!

(Cierra la cortina con movimiento convulsivo.)

¡Oh, no puedo verlo! ¡Dios mío! ¡Eso es para mí! ¡Dios misericordioso! ¡Y aquí sola con eso!

(Llega penosamente al sillón.)

¡Detrás de mí! ¡Está detrás de mí! ¡Oh! No me atrevo á volver la cabeza. ¡Piedad, Señor, piedad! ¡Ah! No, no es un sueño; es realidad lo que pasa aquí, y lo prueban esos objetos que están detrás de la cortina.

(La puertecita del fondo se abre, y aparece RODOLFO.)

ESCENA SEXTA

CATERINA y RODOLFO

CATERINA, aparte

¡Cielos! ¡Rodolfo!

RODOLFO, corriendo

Sí, Caterina, soy yo. Yo por un instante. Estás sola. ¡Qué dicha! Pero... estás pálida... turbada...

CATERINA

Ya lo creo. Semejante imprudencia... ¡Atreverse á venir en pleno día!

RODOLFO

¡Ah! Estaba demasiado inquieto y no he podido resistir.

CATERINA

¿De qué estabais inquieto?

RODOLFO

Voy á decíroslo, mi amada Caterina. ¡Ah! ¡Cuán dichoso soy al veros tan tranquila!

CATERINA

¿Cómo habéis entrado?

RODOLFO

La llave que me entregaste tú misma.

CATERINA

Ya lo sé; ¿y en el palacio?

RODOLFO

Esta es precisamente una de las cosas que me inquietan. He entrado con facilidad, mas no será ya tan fácil la salida.

CATERINA

¿Cómo?

RODOLFO

El capitán mayor me ha avisado en la puerta del palacio que nadie podría salir hasta la noche.

CATERINA

¡Hasta la noche!

(Aparte.)

Imposible evadirse. ¡Oh, Dios mío!

RODOLFO

Hay esbirros en todos los pasillos. El palacio está guardado como una cárcel. He podido deslizarme sin ser observado en la gran galería, y he venido. La verdad, ¿me juras que aquí no ha pasado nada?

CATERINA

No: Nada. Nada, tranquilízate, Rodolfo. Todo sigue como de ordinario aquí. Mira. Ya ves que nada está fuera de su lugar en este cuarto. Pero vete en seguida. Temo que de un momento á otro entre el podestá.

RODOLFO

No, Caterina. Nada temas por este lado. El podestá se halla en este momento en el puente Molino, allá abajo. Está interrogando á algunas personas que han sido detenidas. ¡Oh! Estoy inquieto, Caterina. Todo tiene un no sé qué de extraño hoy, lo mismo la ciudad que el palacio. Algunas bandas de arqueros y de cernidas venecianos recorren las calles. La iglesia de San Antonio está tapizada de negro, y cantan el oficio de difuntos. ¿Por qué? Se ignora. ¿Lo sabéis vos?

CATERINA

No.

RODOLFO

No he podido entrar en la iglesia. La ciudad está impresionada y llena de estupor. Todo el mundo habla bajo. Ocurre seguramente algo terrible en alguna parte. ¿Dónde? No lo sé. No es aquí y no necesito saber más. ¡Pobre amada mía! En esta soledad lo ignora todo.

CATERINA

Sí.

RODOLFO

¿Qué nos importa de lo demás? Dime, ¿te has re-
puesto de la impresión de esta noche? ¡Terrible con-
tingencia! Aun no acierto á comprenderla. Caterina,
te he librado de ese esbirro de Homodei. Ya no hará
más daño.

CATERINA

¿Te parece?

RODOLFO

Está muerto. ¡Caterina, decididamente te pasa algo; estás triste! Caterina, ¿no me ocultas nada? Dime, ¿no te sucede nada? ¡Oh! ¡Antes tomarían mi vida que la tuya!

CATERINA

No, nada. Te juro que no me pasa nada. Pero quisiera que estuvieras lejos de aquí. Tengo miedo por ti.

RODOLFO

¿Qué hacías cuando he entrado?

CATERINA

¡Por Dios! Tranquilizaos, Rodolfo mío; no estaba triste, muy al contrario. Estaba recordando aquella canción que cantáis tan bien. Mirad, todavía está allí mi laúd.

RODOLFO

Esta mañana te he escrito. He encontrado á Reginnella, á quien he entregado la carta. ¿No habrá sido interceptada? ¿Llegó á tus manos?

CATERINA

Sí, llegó á mis manos, mírala.

(Le presenta la carta.)

RODOLFO

¡Ah, la tienes! Está bien. Siempre que escribo me quedo inquieto.

CATERINA

¡Oh, todas las salidas de este palacio guardadas! ¡Nadie saldrá antes de la noche!

RODOLFO

Nadie, ya te lo he dicho. Es la orden.

CATERINA

Vamos, ahora ya me habéis hablado, me habéis visto, os habéis tranquilizado, y veis que, si la ciudad se halla agitada, aquí reina la mayor tranquilidad. ¡Ahora salid, Rodolfo, en nombre del cielo! ¡Si el podestá entrara! Pronto salid. Puesto que te verás precisado á permanecer en palacio hasta esta noche, voy á ponerte yo misma la capa. Así. El birrete en la cabeza. Y cuando pases por delante de los esbirros, preséntate con naturalidad, con confianza, sin afectar evitarles, sin precauciones, porque la precaución denuncia. Además, si por acaso quisieran hacerte escribir algo, un espía, alguien que te tendiera una asechanza, busca cualquier pretexto y no escribas.

RODOLFO

¿Por qué me haces esta recomendación, Caterina?

CATERINA

¿Por qué? Porque no quiero que nadie vea tu letra. Es un capricho. Amigo mío, ya sabéis que las mujeres tienen caprichos. Te agradezco que hayas venido, que hayas entrado, que hayas estado conmigo, que me hayas dado el placer de verte. Ya ves que estoy tranquila, alegre, contenta, que tengo mi laúd y tu carta. Ahora vete en seguida. Quiero que te vayas. Una palabra todavía.

RODOLFO

Dí.

RODOLFO

Está muerto. ¡Caterina, decididamente te pasa algo; estás triste! Caterina, ¿no me ocultas nada? Dime, ¿no te sucede nada? ¡Oh! ¡Antes tomarían mi vida que la tuya!

CATERINA

No, nada. Te juro que no me pasa nada. Pero quisiera que estuvieras lejos de aquí. Tengo miedo por ti.

RODOLFO

¿Qué hacías cuando he entrado?

CATERINA

¡Por Dios! Tranquilizaos, Rodolfo mío; no estaba triste, muy al contrario. Estaba recordando aquella canción que cantáis tan bien. Mirad, todavía está allí mi laúd.

RODOLFO

Esta mañana te he escrito. He encontrado á Reginnella, á quien he entregado la carta. ¿No habrá sido interceptada? ¿Llegó á tus manos?

CATERINA

Sí, llegó á mis manos, mirala.

(Le presenta la carta.)

RODOLFO

¡Ah, la tienes! Está bien. Siempre que escribo me quedo inquieto.

CATERINA

¡Oh, todas las salidas de este palacio guardadas! ¡Nadie saldrá antes de la noche!

RODOLFO

Nadie, ya te lo he dicho. Es la orden.

CATERINA

Vamos, ahora ya me habéis hablado, me habéis visto, os habéis tranquilizado, y veis que, si la ciudad se halla agitada, aquí reina la mayor tranquilidad. ¡Ahora salid, Rodolfo, en nombre del cielo! ¡Si el podestá entrara! Pronto salid. Puesto que te verás precisado á permanecer en palacio hasta esta noche, voy á ponerte yo misma la capa. Así. El birrete en la cabeza. Y cuando pases por delante de los esbirros, preséntate con naturalidad, con confianza, sin afectar evitarles, sin precauciones, porque la precaución denuncia. Además, si por acaso quisieran hacerte escribir algo, un espía, alguien que te tendiera una asechanza, busca cualquier pretexto y no escribas.

RODOLFO

¿Por qué me haces esta recomendación, Caterina?

CATERINA

¿Por qué? Porque no quiero que nadie vea tu letra. Es un capricho. Amigo mío, ya sabéis que las mujeres tienen caprichos. Te agradezco que hayas venido, que hayas entrado, que hayas estado conmigo, que me hayas dado el placer de verte. Ya ves que estoy tranquila, alegre, contenta, que tengo mi laúd y tu carta. Ahora vete en seguida. Quiero que te vayas. Una palabra todavía.

RODOLFO

Di.

CATERINA

Rodolfo, vos sabéis que jamás os he concedido nada. ¡Tú lo sabes bien!

RODOLFO

Sigue.

CATERINA

Hoy soy yo la que voy á pedirte. ¡Rodolfo, un beso!

RODOLFO, estrechándola entre sus brazos

¡Ah! ¡Esto es el cielo!

CATERINA

¡Que se abra para mí!

RODOLFO

¡Oh, dicha!

CATERINA

¿Eres dichoso?

RODOLFO

Sí.

CATERINA

Ahora sal, Rodolfo.

RODOLFO

¡Gracias!

CATERINA

¡Adiós, Rodolfo!

(RODOLFO, que está ya en la puerta, se detiene.)

¡Te amo!

(RODOLFO sale.)

ESCENA SÉPTIMA

CATERINA, sola

¡Huir con él! ¡Oh! Por un momento he tenido esta idea. ¡Dios mío! ¿Qué digo? ¡Huir con él! ¡Imposible! Le hubiera perdido inútilmente. ¡Mientras no le suceda alguna cosa! ¡Mientras los esbirros no le detengan! ¡Mientras le dejen salir esta noche! ¡Oh, sí, no hay razón para que las sospechas recaigan sobre él! ¡Salvadle, Dios mío!

(Va á escuchar á la puerta del corredor.)

Oigo sus pasos. ¡Amado mío! Se aleja. Ya no oigo nada. Todo se ha acabado. ¡Vete seguro, Rodolfo mío!

(Se abre la puerta grande.)

¡Cielos!

(Entran ANGELO y LA TISBE.)

ESCENA OCTAVA

CATERINA, ANGELO y LA TISBE

CATERINA, aparte

¿Quién es esa mujer? ¡Ah, la mujer de esta noche!

ANGELO

¿Habéis hecho vuestras meditaciones, señora?

CATERINA

Sí, señor.

ANGELO

Entonces debéis morir ó entregarme al hombre que ha escrito esa carta. ¿Me entregaréis á ese hombre, señora?

CATERINA

No me ha pasado por las mientes ni un instante, señor.

LA TISBE, aparte

¡Esa Caterina es una mujer buena y animosa!

(ANGELO hace una seña á LA TISBE, que le entrega un frasco de plata, y lo pone sobre la mesa.)

ANGELO

131

ANGELO

Entonces beberéis esto.

CATERINA

¿Un veneno?

ANGELO

Sí, señora.

CATERINA

¡Dios misericordioso! ¡Algún día juzgaréis á ese hombre! ¡Yo os pido que le perdonéis!

ANGELO

Señora, el proveedor Urseolo, uno de los Bragadini, uno de vuestros antepasados, hizo morir á Marcela Galbai, su esposa, de la misma manera, por idéntico crimen.

CATERINA

Hablemos claro. No se trata aquí de los Bragadini. ¡Sois un infame! ¡Y os presentáis friamente con el veneno en las manos! ¿Culpable? No, no lo soy. Al menos según vos os figuráis. Pero no descenderé hasta justificarme. Y, además, como vos mentís siempre, tampoco me creeríais. A decir verdad, ¡os desprecio! Os habéis casado conmigo por mi dinero, porque era rica, porque mi familia disfruta de un derecho sobre el agua de las cisternas de Venecia. Y os dijistéis: Esto produce cien mil ducados al año, tomemos esa muchacha. ¿Y qué vida me habéis dado en cinco años? ¡Decid! Vos no me amáis. Y, sin embargo, estáis celoso. Me tenéis encerrada en una prisión. Vos tenéis amantes, esto os es lícito. Todo les es lícito á los hombres. Siempre duro, siempre sombrío conmi-